

## EL ESPÍRITU DE LA CIUDAD

*El espíritu de la ciudad se ha formado en el curso de los años; simples edificaciones han cobrado un valor eterno en la medida en que pretender limitar la amplitud de los progresos futuros, condiciona la formación del individuo tanto como el clima, la comarca, la raza o la costumbre. La ciudad, por ser una «patria chica», lleva en sí un valor moral que pesa y que se halla indisolublemente unido a ella.*

Le Corbusier,  
Principios de urbanismo (La Carta de Atenas), 1933.

“La justicia ambiental materializa la justicia social”, solía decir el arquitecto cubano Fernando Salinas, axioma que se expresa crudamente en las ciudades latinoamericanas y caribeñas, en las que la desigualdad social —y ambiental— es carta de identidad. En su propósito manifiesto de hacerlas a su imagen y semejanza, el Primer Mundo les exporta una arquitectura y un concepto de ciudad a partir de sus peculiares modos de vida, sus avances tecnológicos y su potencialidad económica, expresiones que contrastan con aquellas que emergen anónimas y mustias en sus barrios populares y marginales. Ambas expresiones urbano-arquitectónicas muestran dos mundos encontrados y conforman hoy una sola, desoladora realidad: Nuestra América, 2012.

José Martí, apasionado de estos temas, expresa meridianamente en su obra la situación, que ya era patente en sus tiempos. En su largo peregrinar por ciudades como La Habana, Madrid, México, Guatemala, Caracas y Nueva York, advierte la compleja problemática social y cultural que se desarrollaba inconteniblemente en ellas. En su crónica *Un drama terrible*, publicada en el diario *La Nación* de Nueva York el 13 de noviembre de 1887, asienta que “en las ciudades de mayor extensión y cultura; donde la misma rapidez asombrosa del crecimiento, acumulando los palacios de una parte y las factorías, y de otra la miserable muchedumbre, se revela a las claras la iniquidad del sistema que castiga al más laborioso con el hambre, al más generoso con la persecución, al padre útil con la miseria de sus hijos”. Poco después escribirá en sus *Versos libres* (1891): “Envilece, devora, enferma, embriaga / La vida de ciudad, se come el ruido, / Como un corcel la yerba, la poesía.”

En realidad, la cultura ambiental de toda ciudad es tan multifacética y variada como lo sean sus habitantes, unidos

y diferenciados por motivos económicos, políticos, ideológicos, étnicos y culturales, en su más amplia acepción. Son los sujetos sociales, con su actuación e interacción consciente e inconsciente, quienes van creando ese complejo entramado de la vida urbana. Cada ciudad se percibe y se vive de cierto modo por cada uno de sus habitantes —y de sus visitantes—, para quienes siempre existirá la calle entrañable, la esquina memorable, el farol fundido, la casa soñada, el tránsito denso, la pinta en el muro, la parada de autobús, la tienda, la escuela, la banca en el parque... Todos ellos tienen relación cotidiana o eventual con alguna o varias de sus partes, lo que hace que la imagen que conservan de ella esté siempre llena de recuerdos y significados.

Este número 78 de *Archipiélago* se nutre con varias colaboraciones que abordan este tema con diferentes enfoques y un común denominador: el amor a la ciudad, en la que a pesar de los pesares, vivimos la mayoría de los latinoamericanos y caribeños. Ese amor contradictorio que expresa bien Vicente Quirarte en el libro que se reseña en esta edición, al hablar de la labor de José Vasconcelos al frente de la Secretaría de Educación Pública en los años veinte del pasado siglo y su apoyo a los jóvenes pintores muralistas de aquel entonces —Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros, Fernando Leal, entre otros—, a quienes entregó valiosos muros de la capital mexicana para que contribuyeran a la misión de educar a las masas a través del arte público y construir así una cultura mexicana moderna y un país más justo y soberano.

El proyecto *All City Canvas*, que presentamos en esta misma edición, es una versión contemporánea de aquella odisea del arte plástico universal. Nueve muralistas de diversas nacionalidades— dos mexicanos incluidos—, han tomado nuevamente algunos muros emblemáticos de la ciudad de México para recrear en ellos imágenes del ser humano —y urbano— de nuestro tiempo. Es el espíritu de la ciudad. Y el espíritu de los jóvenes, sean los de la época de Vasconcelos, los de la Revolución de Octubre en Guatemala, del movimiento del 68 o los del #Yo soy 132, presente desde sus inicios en esta utopía llamada *Archipiélago*. *Revista Cultural de Nuestra América*.

CVPR / OCTUBRE 2012